

Las crónicas de Elfos: los dos hermanos

Andrea Tomé

**Las crónicas de Elfos:
los dos hermanos**

Nostrum

Primera edición,

Andrea Tomé

Nostrum
C/ Menorca, nº 44
28009
Madrid

ISBN
Depósito legal:

Las crónicas de Elfos

Capítulo 1

Niph y Will miraban embobados la enorme mansión de su tía Ágata, llevaban tres días allí y todavía no se habían acostumbrado a ella “es una casa vieja, con olor raro, una tía chiflada con gafas de culo de botella y un tío enganchado a las pastillas y a la morfina” había pensado Niph cuando su madre le preguntó que pensaba de la casa el día que llegaron.

—¡¡¡A cenar!!! —dijo tía Ágata con su estridente y agudísima voz desde el marco de la puerta principal, y lo dijo tan alto que Niph, que estaba patinando sobre hielo, se cayó de culo con un gran estruendo, y Will se desplomó del árbol al que estaba subido y un montón de nieve fue a parar a su espalda.

Tras aquella extraña escena, tía Ágata desapareció de la puerta principal.

—¿Por qué tendrá que gritar tanto? —se quejó Will bastante molesto, acariciándose la parte baja de la espalda.

—¡¡¡A cenar!!! —exclamó Niph imitando a la perfección a su tía.

Su hermano rió tapándose los dientes con una mano y se encaminaron al comedor.

Allí una familia totalmente desconocida les sonrió. Estaban sentados en esas sillas tan feas y anticuadas que la Tía Ágata había comprado a un pujador inglés que evidentemente había exagerado el precio como si fueran antiguas reliquias de la reina, o algo así.

—¿Quiénes son esos? —le susurró Niph a su hermano disimuladamente, su larga cortina de pelo negro le cubrió la boca parcialmente.

—Ni idea, intentemos ser educados, tal vez así se olviden de que estamos aquí —respondió él con la voz tan baja que la chica tuvo que inclinarse para escucharlo bien.

—Con todo respeto, ¿quiénes sois? —mal actuaron ellos, nunca los habían escogido para ninguna representación teatral en el colegio, y entonces supieron por qué, la desconocida familia arqueó las cejas como si pensarán que les estaban tomando pelo cuando eso era justo lo que querían evitar. En ese preciso momento, el padre de los mellizos los interrumpió diciendo:

—Chicos, van a quedarse aquí bastante tiempo así que comportaos con naturalidad.

—¡Perfecto! Porque habíamos pensado en pasar por la tienda de artículos de broma del señor K., ¡le hemos escuchado al hijo del vecino, ese que siempre va tan pijo, que han llegado nuevos productos! —Dijeron estos al unísono.

Los dos hijos de la familia se rieron, el menor de ellos, tendría unos 13 años, tenía las orejas algo grandes y algunas pecas extendidas por su rostro, el mayor era un chico de 16 años fornido y musculoso.

No se parecían mucho, la verdad, mientras que el pequeño, Skandar, tenía el pelo negro y los ojos oscuros como dos carbones, el mayor, Bert tenía un pelo trigueño que le caía en cascada cubriéndole un ojo del azul más intenso que Niph había visto nunca.

A la hora de comer, después de las presentaciones, los gemelos se sentaron a la mesa en un lugar estratégico, el

más cercano a la puerta, que sin que nadie lo advirtiera habían abierto de par en par. Lo más lejos posible de la intratable de su hermana Lorraine.

A mitad de la cena Skandar se levantó atropelladamente, haciendo caer una copa (probablemente carísima) que rompió en mil pedazos, su pálido rostro se tornó rojo en cuestión de segundos.

—Tengo que ir al baño —tartamudeó saliendo de la estancia entre temblores, los gemelos no se molestaron en ocultar dos miradas divertidas, aquel chico les parecía de lo más extraño así que decidieron seguirle con la excusa de “enseñarle cuál es el mejor baño de todos”.

—¿Se puede saber que estás haciendo aquí, mequetrefe? —le estaba preguntando el tío Owl al chico, que nuevamente estaba temblando, aunque su cara ya no era roja, si no que estaba más pálida que la de un albino.

—La verdad es que para lo viejo que es el tío se sabe imponer bien —murmuró Niph con una sonrisa perversa.

—¿Yo? Señor, yo..., estoo..., iba al baño. No... ¡N— no estaba haciendo nada malo! —Titubeó Skandar todo nervioso, los gemelos podían ver el sudor resbalando por su frente a toda velocidad, las velas que funcionaban como apliques en la pared dibujaron extrañas sombras en la enfadada cara de Owl, dándole un aspecto francamente aterrador.

—Ooh... te creemos, aunque nosotros que tú no tú no tartamudearíamos. —Dijeron un par de voces agudas y burlonas a Skandar—. Por cierto, *Owlie*... ¡Se te ha olvidado encender la luz! Es cierto que se ahorra mucha factura con toda esa historia de las velas... pero queda un poco teatral, ¿no crees?

—¡Eh! Tu madre nos ha dicho que te fuéramos a buscar. ¿Qué estabas haciendo? Tardaste un montón —mintieron ellos, aunque Skandar estaba tan asustado que ni se dio cuenta.

—Nada, solo quería escabullirme de la cena —confesó él bajando la cabeza, se sentía bastante incómodo en esa casa, con aquellos niños que parecían disfrutar de lo lindo con su torpeza, de repente se paró en seco, aquel no era el pasillo que llevaba al comedor y él no se fiaba un pelo de los gemelos.

—¡Un momento...! ¿Adónde vamos?

—A nuestro cuarto, tu hermano ya está allí... Él tampoco aguantó la cena de la tía... —comenzó Niph alzando un dedo con varios de esos anillos que cambian de color a medida que te mueves.

—Nada humano ni racional podría repetir plato mientras la tía insista en bañar cualquier comida con esa asquerosa salsa tan dulce... ¡Cualquier día que esté en vena me invento un ataque de alergia a sus comidas! —se quejó Will entrecerrando los ojos, en los tres últimos días había comido tan mal que de sólo recordarlo le daban arcadas.

Al llegar a la habitación Skandar se sorprendió al ver a su hermano sentado frente a una anticuada televisión, de esas con las que te tienes que levantar todo el rato para cambiar de canal, los ancianos Barfield parecían ser gente de mucho dinero... ¡Pero lo invertían todo en importadas especias rarísimas y muebles victorianos dejando de lado los electrodomésticos más modernos!

—Nadie dijo que pudieras tocar nuestras cosas... —masculló Will secamente, ¡si ni si quiera recordaba cómo se llamaba aquel chico rubio! El susodicho se

levantó y abrió la boca para decir algo, pero Niph fue más rápida y comentó señalando al televisor con los ojos como platos y una sonrisa malévola en su bronceado rostro:

—¡Anda! ¡Pero si estás mirando un programa del corazón! —exclamó ella concentrándose para no estallar a reír.

—Qué pena de niño... —comentó su hermano moviendo la cabeza de un lado a otro, con la mano sobre la frente— tan joven y tan Maruja...

Bert chascó la lengua, aquellos dos no llevaban ni cinco minutos allí y ya empezaban a caerle mal.

—¡Mira! Aquí dan una película que parece estar bien —dijo la chica con una gran sonrisa mientras ella y su gemelo se sentaban en el suelo todos concentrados.

—Creo que es cine mudo —constató Skandar dejándose caer sobre una de las dos camas, la colcha violeta tenía el tacto de lo más áspero. Los mellizos no contestaron, así que a los dos hermanos no les quedó otra que ver aquella aburrida película hasta que una mujer alta y rubia entró en la habitación diciéndoles que tenían que acostarse ya.

—Pero mamá si todavía son las doce y además estamos de vacaciones —se quejó Will tumbándose sobre suelo, se había aburrido un montón toda la noche, sólo había puesto aquella película porque sabía perfectamente que a Skandar y a Bert les molestaría un montón.

—¡No nos atosigues! —corroboró su hermana—. Anda, va...

—No pienso ceder —sentenció la madre seriamente. A Skandar le pareció curioso que esa mujer engendrara a los gemelos, pues se parecían tanto como un huevo a una

castaña. Tras un breve silencio la rubia se dirigió a los dos hermanos.

—Vuestra habitación es la que está al lado de esta. A la izquierda. Si necesitáis algo estaremos en el salón.

Dicho eso salió de la habitación a paso ligero, Bert se dispuso a seguirla cuando su hermano se limitó a decir con la mirada perdida:

—Me gustaría saber que van a hacer todos en el salón, por alguna razón los adultos siempre se reúnen en el salón cuando los niños se van a dormir.

—¡Eso es! —saltaron los mellizos— tan sólo tenemos que seguirlos hasta la puerta y escucharlos desde el marco, ¡será sencillo! Seguro que tienen cosas más interesantes que contar que las de la cena.

—¿Seguirlos? ¿Escucharlos desde el marco de la puerta? —preguntó Skandar, estaba aturdido ante tanta voluntad, ¡él sólo había dejado caer que los adultos hablan cuando los niños no están presentes!—. No creo que tengan nada importante de lo que hablar... sólo chismorreos, ya sabéis cómo son...

—¡No seas aburrido! —se impacientó la niña dándole un pequeño empujón en el hombro—. Tengo una corazonada.

—Mirad, yo no iré, no me interesa lo más mínimo lo que tengan que decir, prefiero ir a dormir —bostezó Bert recogiendo sus cosas.

Y era cierto, nunca le había emocionado ni un poco escuchar a sus padres, ¡siempre hablaban de cosas tan estúpidas! Lo único que él esperaba era no ser como ellos cuando tuviera su edad.

“Pues vete” pensó Will, no le gustaban mucho las personas que hablaban con tanta altanería como lo hacía aquel rubio que a su parecer era demasiado arrogante.

—Nosotros vamos a ir —anunciaron los gemelos colocándose las manos detrás de la cabeza mientras miraban muy significativamente al pálido y pecoso niño que parecía estar debatiéndose entre acompañarlos o quedarse con su hermano.

—Yo... sí, yo también voy —terminó por decir, aunque no sonó demasiado convencido.

—Ya me contaréis lo que dicen —añadió Bert con una pequeña sonrisa—, Will tuvo ganas de tirarse de los pelos, ¿qué acababa de pedirles ese completo desconocido?

—Creía que no te importaba lo más mínimo —dejó caer mordazmente—, en realidad esperaba que aquel chico se fuera de una vez y los dejara tranquilos.

—Bueno... siempre podéis grabarlo con el móvil... —propuso el rubio, que en realidad lo que no quería era ir por ahí con su hermano pequeño y sus dos nuevos amigos.

—Está bien... —concedió la chica cautelosamente—, Bert ya estaba cogiendo su teléfono cuando empezó a sonar y a él, ni corto ni perezoso, no se le ocurrió otra cosa que descolgarlo para escuchar a una emocionada chica que gritaba:

—¡Niph, Niph! ¿Sabes quiénes son mis nuevos vecinos?, Bert y Skandar Astbuert, seguro que los conoces porque hoy van a casa de tu tía, no me preguntes cómo lo sé, Bert es muy guapo, ¿verdad? ¿Qué crees que dirá si lo invito al cine?

—Que mi novia te va a cantar las cuarenta —contestó Bert evitando reírse, a Will aquel muchacho ya le estaba cayendo oficialmente mal.

—Niph —gritó la chica colgando toda angustiada

—Tal vez debería llamarla... —dudó ella mordiéndose el labio.

—Lo primero es lo primero —dijo su hermano— después le mandas un mensaje.

Después de decir esto, los 3 amigos se encaminaron hacia el salón, donde estaban sus familias y varios desconocidos, entre los que estaban una joven francesa de rulos platinos, un viejo de lo más gracioso, varios ancianos y algunos hombres de bigote, frac y pelo entrecano.

—¡Son demasiado pequeños! ¡Esos niños, póg muy inteligentes que sean, no pueden apgendedg la magia todavía! ¡No pueden! —Gritó la chica francesa enfurecida, tenía el acento muy marcado y Niph intuyó que no sabía hablar muy bien el español.

—¿Qué está diciendo esa chica? —se extrañó la niña, ¿había escuchado la palabra “magia” en la frase?

—Probablemente no sepa lo que está diciendo... —razonó su mellizo acariciándose el mentón—. No parece que domine el idioma precisamente...

—Deberían poder escoger por ellos mismos, por lo menos Bert podría, en dos años ya será mayor de edad y no se lo podríamos negar —dijo la madre de Bert y Skandar—. Al tener dieciséis años debe aprender lo que es, ¡no importan los tiempos que corren!

—Lo que pasa es que deberían saber lo que son, ¡Deben saber que son magos! Además Will y Niph llevan sangre élfica en sus venas —dijo el padre de los mellizos.

Ése fue el momento en que Niph y Will se miraron y abrieron la boca como dos pánfilos, ¿habían escuchado bien? Tal vez sus padres sabían que ellos estaban allí y decidieron gastarles una broma...

—No os lo he dicho antes, pero Skandar también es un elfo, o al menos, en parte. Cuando nos enteramos de lo que hacen los elfos con los mestizos decidimos adoptar uno... nos pareció tan cruel que los trataran como parias que sólo pensamos en la vida que tendría lejos de tanta intolerancia...

Skandar simplemente frunció los labios y torció el gesto, debía sentirse fatal, Niph lo miró con el semblante triste. De todas las maneras que tiene una persona de enterarse de que es adoptada, probablemente escuchándolo desde detrás de una puerta fuese una de las peores.

—Chicos, yo me voy —susurró levantándose con cuidado, se sentía mareado, asqueado y engañado. ¿Era un mestizo? ¿Un paria? Si era así ¿por qué nunca se lo habían dicho? No tenía por qué saber de dónde venía, pero sí le hubiera gustado estar al tanto de que las personas que lo criaron no eran en realidad sus padres.

—¿De veras? —preguntó la niña con incredulidad, si ella fuera él probablemente hubiera deseado estar allí para terminar de escucharlo todo y por fin enterarse de qué había sido de su vida.

—Sí. ¡Ah! Y borrad esta parte de la grabación, no me gustaría que Bert se enterara... aunque es posible que él ya lo sepa.

Los gemelos asintieron distraídamente, nuevamente la conversación estaba cargada de tensión y dudas.

—Y, ¿es poderosa su magia? —preguntó un señor gordo con bigote y pelo marrón entrecano.

—Ya lo creo que lo es hacer esto —de repente todo se llenó de luces y en una esquina de la habitación se recreó un pequeño universo— para ellos será un paseo.

—¡Sables! —exclamaron los mellizos mirando a la mujer de pelo gris y expresión amable que había hecho el conjuro.

—¿Sabéis? Aquí no corre nada el aire, y esas contraventanas hacen que uno se ahogue... —comenzó Owl, le brillaban los ojos de pura maldad— creo que abriré la puerta del todo...

A los gemelos no les dio tiempo a hacer nada, pues él ya la había abierto de par en par, todos los allí reunidos los miraban con los ojos como platos, la madre de Skandar se llevó la mano a la boca, preguntándose desde cuándo estaban allí los niños.

—Hoola familia —consiguió decir Will inocentemente.

—¿Qué haremos aquí? —preguntó Niph con falsedad— seguro que nos quedamos dormidos y vinimos aquí sonámbulos. Qué cosas...

—No mintáis más, pero no le digáis nada a Skandar, no quisiera..., no quisiera..., no quiero verlo sufrir —les rogó el padre de Skandar a los mellizos, agarrando a la muchacha por los codos y arrodillándose, realmente le importaba el niño, fuera o no su hijo de sangre.

Tras una exhaustiva explicación, finalmente pudieron llegar a su cuarto y después de borrar la parte de la grabación que comentaba todo aquello de que Skandar era adoptado, se la mostraron a Bert, que más que sorprendido o emocionado se mostraba complacido,

como si hubiera sabido durante toda su vida que él no era como los demás niños.